

# LA BIBLIA, LIBRO DE LIBROS

## 1. LA LITERATURA BÍBLICA, LEGADO ESPIRITUAL Y CULTURAL DE LA HUMANIDAD

### 1.1. La *literatura bíblica*

Referirse al contenido de la Biblia en términos de *literatura bíblica* no representa un atentado contra su integridad como libro sagrado, espiritual; implica, más bien, la aceptación de su valor como conjunto de documentos que expresan su mensaje acerca de Dios y de la redención, valiéndose de las más variadas formas literarias conocidas en las diferentes épocas de su redacción. Estas épocas o periodos manifiestan la voluntad divina de hacerse conocer por medio de un proceso sistemático en el que el esfuerzo literario cumplió una función insustituible.

El Señor Jesucristo, en Lucas 24.44, expone la historia de salvación que se consume con su persona en términos teológicos, históricos y literarios cuando resume, al recordar el esquema de partes en que se divide la Biblia hebrea: *Ley, Profetas y Escritos*. Esa simple enunciación es una evidencia sólida del desarrollo de *una literatura religiosa* encaminada a proclamar, interpretar y celebrar las acciones de Dios en medio de la historia de su pueblo. La literatura, así, es puesta al servicio de dicha proclamación, interpretación y celebración, haciendo uso de las características del idioma (hebreo y arameo en el Antiguo Testamento, griego en el Nuevo), de la gramática y del estilo.

La literatura bíblica, entonces, se coloca históricamente en el devenir de la humanidad, sirviendo como vehículo para la revelación del Dios vivo y verdadero, de modo que, con ello, es posible ser testigos de una doble constatación: por un lado, la autorrevelación de Dios (el deseo de ser conocido por la humanidad) se sirve de un instrumento valioso, artístico, y *levanta* de ese modo a la literatura en general, para hacerse accesible a cualquier persona; por otro lado, la literatura *coloca* a la revelación en un plano de comprensión que no es solamente intelectual, puesto que el designio divino pretende llegar a todas las zonas de la existencia humana.

El pueblo de Dios en la Biblia celebra con frecuencia la excelencia de la Palabra revelada al referirse, implícita o explícitamente, a su expresividad. El salmo 19, de

manera notable, se sitúa justamente en los planos de lo que la doctrina cristiana denomina *revelación general* (vv. , los cielos y la expansión, que sin palabras hablan de la gloria de Dios) y *revelación especial* (vv. ), para afirmar que ésta última, la *revelación escrita*, vaciada en un molde literario, es “rica como la miel y más deseable que el oro refinado” (vv. ). Se trata de una expresión que recoge las perspectivas teológica (o espiritual) y literaria que se sitúa en la línea del profeta Ezequiel y de Juan (en su Apocalipsis), quienes literal y simbólicamente *gustan* de la Palabra divina y dan testimonio de su sabor, identificándolo con el mensaje que transmiten.

### **1.2.. La Biblia, legado espiritual**

El pueblo de Dios recibe, acoge y se expresa también en la mayor parte de los documentos bíblicos, aunque ciertamente hay secciones en las que la afinidad e identificación de los y las creyentes con la palabra revelada son más intensas y transmiten de ese modo un *patrimonio*, una *herencia* (o tradición, en el buen sentido del término), que constituyen un auténtico legado de fe, de esperanza y de fidelidad hacia el contenido de la revelación: la vivencia de la relación histórica con el Dios vivo y verdadero que se deposita en las páginas bíblicas.

Un ejemplo extraordinario de la transmisión colectiva de este patrimonio son precisamente los Salmos, debido a su capacidad de evocación, es decir, de la fuerza espiritual y humana que tienen para provocar en sus lectores nuevas y enriquecedoras experiencias. La *oración sálmica* se formó (y se sigue formando) con las lecturas y apropiaciones sucesivas de la fe que trasluce cada salmo, creando una especie de *cadena inspiracional* que conecta a cada creyente con la experiencia espiritual que transmiten estos textos poéticos. Cuando fue posible, en la antigüedad, agregar nuevos elementos a algunos salmos, quienes tuvieron el don poético no dudaron en hacerlo y contribuyeron así al desarrollo y consolidación de este legado que se siguió transmitiendo invariablemente en todas las etapas de la historia.

Asimismo, la inmensa gama de matices en el ánimo, en la expresividad, presentes en las situaciones descritas por los Salmos, ya sean positivas o negativas, se convirtieron, con el paso del tiempo y la sedimentación de semejante caudal de vida, en una fuente interminable de la que siguen bebiendo los y las creyentes de todas partes,

judíos, cristianos o incluso de otras religiones y tradiciones espirituales. La interacción que manifiestan entre la acción de Dios y la existencia humana, con sus aciertos y errores, pecados y tentaciones, e incluso con su desesperación y reclamos, proyectan intensamente el verdadero sentido de la revelación divina que, lejos de ser una invasión impersonal, abstracta o dogmática de la realidad, se encarna en vidas humanas auténticas, necesitadas de la mano misericordiosa y justa del Señor.

Además, la manera tan militante y comprometida con que se inserta Dios en la historia a favor de los pueblos más desfavorecidos impulsó también su estructuración dentro de la Biblia a través de las leyes divinas y de la proclamación de los profetas. Esta tradición de denuncia y de rechazo de la injusticia, de la idolatría y de la violencia contra los débiles, grita abiertamente su oposición en gran parte de los testimonios bíblicos. Tomar en serio la vigencia de los ideales bíblicos por medio de una dinámica en la que recibir, apropiarse y transmitir, sucesivamente, los elementos principales de este legado sigue siendo una tarea inexcusable para los lectores actuales de la Biblia. Redescubrir y vivir este patrimonio es una de las razones por las que la Biblia espera más lectores y hacedores de su mensaje.

### **1.3. La Biblia, legado cultural**

De una manera muy similar a lo mencionado en el punto anterior, el acercamiento continuo (muy protestante) a la literatura bíblica nos brinda la posibilidad de tener acceso a un universo literario que ha permeado (no siempre para bien, lamentablemente) la vida y el pensamiento de la humanidad. Cuando, a partir de las reformas religiosas del siglo XVI, más gente comenzó a leer la Biblia en su propio idioma, la cultura popular se impregnó de muchos elementos bíblicos, aunque a decir verdad la interacción fue mutua. Gracias a ello, las tradiciones protestantes, en particular, tuvieron la posibilidad de transmitir su mensaje y su espiritualidad a mayorías de otro modo inaccesibles.

Las diversas traducciones de la Biblia comenzaron a generar culturas específicas en espacios geográficos impensables. Así, mientras la España católica se trasplantó violentamente al Nuevo Mundo y enfrentó el desafío de adaptar el mensaje cristiano a las nuevas situaciones que vivía, las minorías protestantes perseguidas de ese país

aportaban al mundo uno de los esfuerzos misioneros y culturales más notables de su época: la versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada más tarde por Cipriano de Valera (1602) llegó a ser, a mediados del siglo XIX, el fundamento de la cultura evangélica en los nuevos países hispanoamericanos. La importancia de esta traducción, cuya familiaridad para los protestantes les impide a veces mirarla con una perspectiva más amplia y crítica, está documentada incluso por críticos poco amables hacia la disidencia religiosa, como es el caso de Marcelino Menéndez y Pelayo, quien en uno de los tomos de su enciclopédica *Historia de los heterodoxos españoles* (publicada en México por la editorial Porrúa en el número ... de su colección “Sepan cuantos...”) cuenta los pormenores de la vida de ambos traductores y las inmensas dificultades que enfrentaron para publicar y hacer circular dicha obra en su propio país. Antonio Alatorre se refiere también a la importancia de esta traducción, cuando afirma: “La lectura de la Biblia quedó prohibida en el imperio español desde el siglo XVI. Si hubiera sido *autorizada* la hermosa traducción de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, protestantes españoles del siglo XVI, la historia de nuestra lengua sería sin duda distinta a la que es” (*Los 1,001 años de la lengua española*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 189). Existen otras fuentes protestantes que permiten saber más acerca de esta versión tan querida y memorizada. En la bibliografía final se sugieren algunos de dichos títulos.

La Biblia, como legado cultural, ha influido con sus historias, personajes, motivos y mensaje en general, a formar mentalidades y hábitos, a generar pensamiento y reflexión crítica acerca del mundo pasado y presente. Muchos escritores han reconocido la benéfica influencia de la Biblia (y de esta versión de la Biblia en particular) en la cultura hispanoamericana. El periódico *La Jornada* dedicó el 14 de abril de 1995 una página para presentar la opinión de algunos de ellos. Entre las más sobresalientes, podemos citar la siguiente, del novelista poblano Sergio Pitol:

Literariamente, la Biblia es la madre de todos los libros. El lenguaje bíblico es como la sedimentación de grandes literaturas. Yo me explico la gran literatura norteamericana del siglo XIX, ese surgimiento del nivel del suelo a los niveles más altos debido a que, para los protestantes, la Biblia era un libro de lectura diaria. En cambio, nosotros, la literatura de nuestro siglo XIX no puede comprarse porque nuestra tradición de la lengua era entonces a base de sermones de

curas. Leo la traducción de Casiodoro de Reina (publicada en Basilea en 1569, si no me equivoco). Es un texto que la Inquisición consideró como heterodoxo [...] Es la tradicional que comencé a leer y sigo leyendo: es en donde el lenguaje me parece prodigioso.

La tradicional relación de los protestantismos con la literatura bíblica se ha expresado en la conformación de un estilo de vida reconocible por propios y extraños, tal y como lo testimonia el reconocido escritor mexicano José Emilio Pacheco, al referirse a su relación juvenil con Carlos Monsiváis, antiguo lector de la Biblia: “En la feliz ignorancia del porvenir combinamos sin saberlo alta cultura y cultura popular: programas triples en viejos cines ya también desaparecidos, lecturas de la Biblia en la versión de Reina y Valera que yo ignoraba como buen niño católico, del mismo modo que me había mantenido a distancia de los poetas rojos como Neruda y Vallejo” (*La Jornada*, 17 de enero de 1993, p. 38).

## 2. LOS GÉNEROS LITERARIOS DE LA BIBLIA Y SU UTILIDAD PARA LA LECTURA

### 2.1. Los géneros literarios en la Biblia: un universo fascinante

Un género literario es una forma fija de expresión que se reconoce de manera constante por sus características. Así, es posible distinguir, incluso de manera superficial la prosa de la poesía, por la forma en que se presentan visualmente en la página; no obstante, en la prosa existen varios géneros bien diferenciados (novela, cuento, ensayo, etcétera), al igual que en la poesía (épica, lírica, dramática, etcétera). Con todo, la distinguir entre verso y prosa es útil como un primer paso para llegar al objetivo de este subtema.

En la Biblia, cada libro y sección contiene amplias combinaciones de géneros literarios. Si se pasa revista al Pentateuco (de Génesis a Deuteronomio), se verá que en el Génesis se narran *historias antiguas*, casi legendarias (como la creación del universo y de la humanidad, la historia de la caída o el diluvio) y, al mismo tiempo aparecen poemas épicos (de guerra) como el del hijo de Caín e incluso algunas genealogías.

Más adelante, las historias patriarcales (sobre todo las de Jacob y José) alcanzan casi la forma de novelas por la consistencia de su trama y de sus personajes. Al entrar al libro del Éxodo, se hallarán, lado a lado, relatos históricos junto con poemas (como el cántico de Moisés) y, más tarde, hasta bien avanzado el *Levítico*, amplias *secciones legales*. El libro de los Números lleva ese nombre por la gran cantidad de registros genealógicos que contiene, aun cuando también tenga grandes segmentos narrativos. Deuteronomio representa una síntesis de todo lo que aparece en los cuatro libros anteriores.

Desde Josué hasta Ester, la prosa narrativa incorpora algunas secciones poéticas, como en el caso del salmo de arrepentimiento que canta David después del pecado que cometió en el caso de Betsabé. La mayor parte del libro de Job pertenece al género de la poesía dramática, puesto que el prólogo y la conclusión están en prosa.

Los Salmos son un conjunto de poemas que mezclan diversos subgéneros (lírica, los más personales; épica, los relativos a la historia del pueblo; imprecatorios, los dirigidos a Dios de manera más intensa y exigente; de alabanza, en otra variedad muy

amplia). El libro de los Proverbios mezcla refranes con prosa reflexiva y alegórica (sobre todo en los capítulos 8 y 9, referentes a la sabiduría como una mujer). Eclesiastés rompe profundamente con los géneros conocidos al introducir una prosa reflexiva cercana a lo que ahora se conoce como *ensayo* de tipo filosófico. Ambos libros forman parte de lo que se ha denominado *literatura sapiencial*. El Cantar de los Cantares es un poema erótico con porciones dramáticas donde interviene el diálogo de los personajes. Los llamados *libros poéticos*, con esta variedad, no representan una franja uniforme ni mucho menos.

La casi totalidad de los libros proféticos (un género en sí mismo) está escrita en verso, con porciones históricas redactadas en prosa narrativa (como en el caso de Isaías, Jeremías, Amós y Jonás, entre otros libros). Los expertos han identificado una variedad impresionante de subgéneros dentro de la literatura profética, lo que amplía aún más el horizonte literario del Antiguo Testamento. Entre ellos se pueden mencionar el bloque conocido como los *Cánticos del Siervo Sufriente*, en Isaías 42-49 o las porciones apocalípticas de Isaías, Ezequiel y Joel. Precisamente dentro de este otro género, la *literatura apocalíptica*, se encuentra en su totalidad el libro de Daniel, que aun cuando contiene segmentos narrativos, despliega las características peculiares del género en las visiones del personaje.

El Nuevo Testamento se abre con un género totalmente distinto a las biografías de origen griego o romano, el *Evangelio*, con cuatro variantes: Mateo a Juan, los cuales contienen, a su vez, elementos propios de otros géneros como las bienaventuranzas en Mateo, los cánticos en Lucas o el prólogo del evangelio de Juan. o las oraciones y sermones de Jesús. La *historia de la pasión, muerte y resurrección* del Señor, recogida al final de cada evangelio en una proporción significativa de texto, es todo un subgénero.

El libro de los Hechos, con su fuerza narrativa, se coloca en la línea de lo que se conocía en el mundo grecolatino como *praxis* (palabra griega que significa precisamente “acciones” o “hechos”), pero incorpora la fuerza querigmática (de *kerygma*, “proclamación [del Evangelio de Jesucristo]”) y misionera propia de la Iglesia cristiana en sus inicios, así como elementos de otros géneros ya .

Las epístolas de Pablo, que respetan los lineamientos del género *epistolar* antiguo, introducen una variación notable al transformarse en auténticos *tratados teológicos* que desarrollan ampliamente la doctrina cristiana. Estos textos incluyen también oraciones, doxologías (alabanzas), confesiones de fe y fórmulas doctrinales utilizadas por las comunidades, e incluso segmentos apocalípticos, como en la II Tesalonicenses. Algo parecido ocurre con las demás cartas apostólicas, algunas de las cuales, como la de Judas o Santiago, incluyen elementos muy ligados al estilo judío. El caso de la carta a los Hebreos es aparte: se trata de un *sermón cristológico* vaciado en el molde de una epístola muy singular.

Finalmente, el Apocalipsis de Juan lleva señalado en su nombre el tipo de género del cual forma parte, pero incluso este libro incorpora elementos propios de otros géneros, especialmente los cánticos litúrgicos.

## **2.2. Utilidad del reconocimiento de los géneros literarios para la lectura de la Biblia**

Relacionar los géneros literarios que aparecen en la Biblia con su mensaje es un ejercicio muy saludable a través del cual es posible percibir las conexiones entre fe y literatura. Estas conexiones, que con frecuencia son rechazadas, contribuyen a que el mensaje bíblico adquiera la profundidad que le caracteriza. Con el propósito de aplicar el reconocimiento de los géneros literarios a la lectura de la Biblia, se estudiarán brevemente un par de fragmentos del libro de Job. La estructura literaria de este libro es toda una lección literaria y de fe: el prólogo y el epílogo del libro están en prosa; el centro, el cuerpo, la sustancia del libro está en verso. ¿No plantea eso ya una interrogación?

El primero de los fragmentos, correspondiente al capítulo inicial del libro, escrito en prosa narrativa, cuenta la historia del trato que llevan a cabo, en la esfera divina, Jehová y Satán respecto a la vida de Job, quien no parece darse por enterado. Es justamente esta ignorancia la que plantea, desde el inicio del libro, el problema humano con todo su dramatismo: por un lado, Job desconoce por completo que su vida está siendo *negociada* por Satán y, por el otro, se ve obligado, por las circunstancias adversas, a reaccionar. Podría decirse que lo narrado en prosa es lo más *prosaico* de

la historia: se trata del nivel divino en el que los seres humanos no podemos intervenir, donde se decide el destino, donde nadie puede penetrar o imaginar algo.

Así, el prólogo se constituye en un pórtico formidable que no sólo nos introduce en el ambiente de la historia que vendrá, proporcionando el escenario del drama, sino que nos coloca desde un principio en la realidad lejana, del designio divino, incomprensible para los mortales, puesto que la aparición del sufrimiento aquí abajo, en medio de las realidades cotidianas, no encuentra una explicación inmediata, accesible por medio de especulaciones superficiales. La prosa narrativa está al servicio, entonces, de una voluntad teológica sólida que busca la verdad más allá de las apariencias, aun cuando no deje de manifestar la perplejidad ante el sufrimiento que más tarde atormentará al protagonista principal. Además, el lector, a quien se busca implicar directamente en el drama, va a conocer ambas perspectivas: la de arriba y la de abajo, por decirlo así, participando de un punto de vista privilegiado, que sólo la literatura puede construir, puesto que en la realidad humana esto es prácticamente imposible.

El segundo fragmento, el capítulo 3 del libro en cuestión, escrito en verso, marca el inicio del cuerpo del libro, es decir, del núcleo literario en el que se hace presente el sufrimiento humano con toda su intensidad. La poesía, en la extensa exposición de la reacción inicial de Job, en el diálogo con sus amigos y en la exigencia de respuesta por parte de Dios, se convierte en el vehículo privilegiado de la revelación que este libro contiene. Al parecer, no se trata de ninguna casualidad el hecho de que el verso dramático (que es la forma literaria específica) marque el ritmo del desarrollo de la tragedia humana expuesta. Job se expresa, desgarradoramente, delante de Dios y de los testigos humanos, con una profundidad cada vez más abismal. El libro ha subrayado, desde el inicio, que Job no busca explicaciones ajenas al trato familiar que ha tenido con Dios: sólo de parte de él espera una explicación razonable, aun cuando su persona y su fe han sido objeto de un ataque hasta los más hondos cimientos. Su fe permanece inalterable y va y viene, en un ejercicio de oración y desahogo impresionantes, de la denuncia y la apología de su inocencia, a la diatriba más encendida en contra de sus interlocutores, quienes no comprenden hasta dónde puede llegar la prueba que Dios envía a sus fieles.

Comparar la prosa con la poesía, en este caso, coloca el mensaje bíblico en una dimensión apenas perceptible si no se toman en cuenta los géneros literarios. Para colmo, las Biblias antiguas reproducían el texto de este libro completamente en prosa, limitando el acceso del lector a las riquezas *escondidas* en la forma literaria, profundamente tejida con el mensaje que se desea transmitir.

### **3. LA LECTURA COTIDIANA DE LA BIBLIA, ACTO ESPIRITUAL Y TAREA CULTURAL**

#### **3.1.. La lectura cotidiana de la Biblia**

Hablar de la lectura cotidiana de la Biblia nos remite, obligadamente, al problema de la lectura en México, entendida como una tarea educativa, formativa y crítica, además de ser un ejercicio placentero, una posible puerta de acceso hacia el mundo de la imaginación y la fantasía. Estadísticamente, se considera que la población de nuestro país no alcanza a leer más de un libro por año, lo cual refleja agudamente el grado de interés por la lectura. En otras palabras, en las escuelas se alfabetiza, es decir, se aprende la técnica para leer, pero no se le convierte en arte, en pasión, en búsqueda personal. El amor a la lectura no surge de la nada: cada contacto con un libro, una revista o un periódico, debe responder a una necesidad profunda de la persona por ampliar sus horizontes, su perspectiva, su comprensión general del mundo en que vive.

La tradición protestante incluye como una de sus prácticas más visibles la fuerte insistencia en la necesidad de leer la Biblia cotidianamente, de tal forma que los miembros de las congregaciones e iglesias son continuamente estimulados a no abandonar dicha práctica. Desafortunadamente, el desgaste y la sustitución de este hábito por prácticas más atractivas y aparentemente más redituables (es decir, de las que se obtendrían más beneficios), ha propiciado que la lectura de la Biblia atraviese por una fuerte crisis de profundidad y de aprovechamiento. Aunado a esto hay que señalar la fuerte competencia de los medios masivos de comunicación (obviamente en primer lugar la televisión), que reducen el tiempo efectivo de lectura en todos los ámbitos sociales. De ahí que, si tradicionalmente se creía (y había una buena dosis de verdad en ello) que las iglesias evangélicas fomentaban ampliamente la lectura, en tiempos recientes ya no se puede afirmar lo mismo, debido a que no han podido escapar de la situación que prevalece en el resto de la sociedad.

La gente que adquiere el hábito de la lectura en el seno de las comunidades evangélicas considera a la Biblia como varias cosas al mismo tiempo: como *libro sagrado* que le transmite las verdades divinas; como *libro de orientación religiosa* que le enseña a vivir; como *libro que contiene historias edificantes y apasionantes*, como *libro de texto* que le transmite enseñanzas y doctrinas fundamentales; etcétera. Tal vez, la

consideración con mayor peso sea la última, sobre la cual se pueden hacer un par de observaciones: por un lado, la comprensión de la Biblia como libro de texto hace que los y las creyentes sean *lectores cautivos* de un mismo libro, favoreciendo la creación y consolidación de un espacio permanente de lectura. Por otro lado, casi todo tipo de *lectura obligatoria* crea mecanismos de rechazo hacia la misma. Ante ello, resulta urgente la búsqueda de nuevos mecanismos que hagan permanecer constante el interés por apropiarse de las riquezas de la Biblia en todos los ámbitos eclesiásticos, empezando, naturalmente, por la lectura personal.

### **3.2.. Leer la Biblia, acto espiritual**

Si los *intereses espirituales* de los lectores de la Biblia responden, en primer lugar, a la vivencia cristiana que se experimente dentro y fuera de los lugares de culto, la lectura cotidiana que lleven a cabo responderá a los lineamientos o las orientaciones que dichos intereses tienen. La espiritualidad que brota de la Biblia se confronta con la que asume quien la lee y la pone en riesgo de ser transformada por el poder del Espíritu que actúa a través de la Palabra escrita, depósito y fuente de vida para todo ser humano. La lectura de la Biblia se convierte, entonces, en un acto espiritual, siempre y cuando se reconozca en ella a un interlocutor, a una persona viviente que se dirige ansiosamente a la humanidad para entablar un diálogo fecundo y libertador.

Acercarse continuamente a la Biblia implica experimentar previamente un sentido de dependencia, de necesidad y de reconocimiento del vacío personal que solamente las palabras divinas pueden llenar. Leer la Biblia sirve para obtener y acrecentar la fe, para aprender a orar, para confesarse delante de Dios, para apropiarse de una voz que permita alabarle con conocimiento de causa debido a sus acciones gloriosas. Leer la Biblia permite conectarse con la historia de la salvación para sumarse a ella a través de la fe en un protagonismo vital auténtico que permite entender a los personajes bíblicos como compañeros de camino, como camaradas en la lucha constante por comprender y aplicar la voluntad de Dios a la vida diaria. Leer la Biblia es un acto espiritual porque ofrece la oportunidad de optar por la vida y no por la muerte en un mundo dominado por ésta. A eso se refirió Jesús de Nazaret cuando exhortó a sus contemporáneos a escudriñar los textos sagrados para encontrarse con él, como centro de los mismos, de

principio a fin (Juan 5.39). De eso habla Pablo de Tarso cuando afirma que la fe sólo puede proceder de una atenta actitud de escucha de la Palabra de Dios (Romanos 10. ).

En la búsqueda de elementos que permitan comprender el carácter espiritual de la lectura de la Biblia, el Salmo 119 es de gran ayuda, debido a la pluralidad de enfoques con que los escritores bíblicos se plantearon la importancia y la centralidad de la Ley (sinónimo de la Palabra escrita) en la vida del pueblo de Dios. Con ese fin, se señalarán a continuación algunas características de dicho salmo.

a) En su forma, es un *acróstico*, esto es, está dividido en secciones anteceditas por cada una de las 22 letras del alfabeto hebreo (cuyos caracteres aparecían todavía en la revisión 1909 de la Biblia Reina-Valera). Ante tanta reiteración de la importancia de los mandamientos divinos, se trata de un recurso de estilo que permita una lectura más atractiva.

b) Se usan muchos *sinónimos*, perceptibles incluso en las traducciones, para referirse a la Palabra escrita de Dios: *Ley* (vv. 1, 18, 29, 34, 44, 51, 55, 70, 72, 77, 85, 97, 109, 113, 142, 150, 153, 163, 174); *Palabra(s)* (vv. 9, 17, 25, 28, 38, 4349, 57, 65, 81, 101, 103, 105, 116, 123, 130, 133, 139-140, 158, 160); *caminos* (vv. 3, 15, 33, 35); *mandamientos* (vv. 4, 10, 15, 19, 21, 27, 32, 45, 56, 63, 69, 86, 104, 110, 127, 134, 141, 159, 166, 172, 176); *estatutos* (vv. 5, 8, 12, 16, 26, 33, 54, 71, 83, 118, 135, 171); *testimonios* (vv. 14, 24, 31, 46, 59, 79, 88, 99, 125, 138, 146, 157, 167); *juicios* (vv. 7, 20, 30, 39, 43, 62, 75, 102, 106, 137, 164); etcétera.

c) Las expresiones poéticas aplicadas a la Ley son intensas y significativas:

Se deshace mi alma de ansiedad;  
Susténtame según tu palabra. (v. 28)

Mejor me es la ley de tu boca  
Que millares de oro y plata. (v. 72)

¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!  
Más que la miel a mi boca (v. 103)

Lámpara es a mis pies tu Palabra,

y lumbrera a mi camino (v. 105)

Lo anterior ejemplifica el esfuerzo de los escritores bíblicos por situar la lectura espiritual de la Biblia en un marco literario atractivo que refuerce el propósito de la misma, otorgando a quien la realiza un soporte formal adecuado para su edificación como creyente.

### **3.3. Leer la Biblia, tarea cultural**

La lectura cotidiana de la Biblia es un tarea cultural porque pone en contacto, en las iglesias, a una gran mayoría de personas que no siempre pueden tener acceso a un tipo de lectura más elaborada o de buena calidad. Aun dentro de una comprensión superficial de la cultura, la familiaridad que tiene la gente sencilla con la versión Reina-Valera de la Biblia (sobre todo en la revisión de 1960), le presta un servicio inestimable a su mejoramiento cultural. Además, la existencia de una gran variedad de nuevas versiones castellanas amplía el panorama de los lectores atentos porque facilita la posibilidad de compararlas con el fin de aclarar o apreciar el valor de las traducciones en sí. El simple hecho de incorporar al vocabulario una buena cantidad de palabras, expresiones y giros idiomáticos al lenguaje posibilita la superación en la expresión oral y escrita.

En términos de los que se conoce vulgarmente como *cultura general*, el conocimiento serio y profundo del contenido de la Biblia proporciona un excelente trasfondo cultural. Incluso el manejo adecuado de las doctrinas como resultado de una lectura atenta del Nuevo Testamento hace posible que la transmisión del mensaje cristiano a cualquier nivel social sea fluida y sirva como un sólido cimiento para profundizar más sistemáticamente (es decir, teológicamente) en el estudio. Estas aportaciones contribuyen, al menos de dos maneras reconocibles, a la edificación de la iglesia en su conjunto: sirven, por una parte, para fortalecer la fe, la mentalidad y el conocimiento de los y las líderes futuros de la iglesia y, por otra, para mantener el lazo de las nuevas generaciones con la iglesia, al mismo tiempo que les ayudan en su desarrollo personal.

Si a lo dicho anteriormente en términos de la forma más privilegiada de lectura, la espiritual, le agregáramos el hecho de que cada iglesia o congregación es un taller permanente de lectura, encontraríamos que la tarea cultural que implica la lectura de la Biblia es más intensa de lo que se supone. Por lo tanto, asumir consciente y responsablemente dicha tarea podrá aportar muchos beneficios puesto que una parte importante de la misión cristiana que se ha hecho a un lado, es precisamente la labor educativa y cultural. Si se abrieran centros de alfabetización, el siguiente paso (y el más natural) consistiría en organizar círculos de lectura bíblica para la comunidad, como una forma de divulgación de su mensaje y de evangelización. Recuperar la inevitable vertiente cultural de la misión podría ayudar a ampliar los horizontes y la visión de las comunidades, cualesquiera que sea su ubicación geográfica, nivel social o económico.

#### **4. LA LECTURA COMUNITARIA DE LA BIBLIA, DIÁLOGO CON LA PALABRA**

##### **4.1.. La lectura comunitaria de la Biblia y sus diferentes niveles**

En el subtema anterior se revisó la lectura cotidiana de la Biblia desde el ángulo de la espiritualidad y la cultura. Ahora, entrando a un estudio más cercano al mensaje bíblico sobre Dios y sobre la responsabilidad de la comunidad de fe, se analizará brevemente la forma en la que ésta, al reunirse continuamente, entabla un diálogo con la Palabra divina. Para introducir el asunto es necesario distinguir los diferentes niveles en los que se da la lectura comunitaria de la Biblia.

El primer y más constante nivel es el de la *lectura litúrgica*, la cual, a su vez, se desdobra en varios *momentos*: dedicación, confesión, alabanza, lectura, predicación, ofrendas, bendición. En cada uno de ellos, el uso de los textos bíblicos sirve a un fin determinado por lo que se dice que a cada momento en que la Biblia aparece dentro del culto cristiano se lleva a cabo una proclamación; por ello a la predicación se le denomina *proclamación profética*, es decir, aquella proclamación verbal que busca responder a las exigencias históricas del presente, para aplicar la voluntad de Dios e invitar a responder a ella con acciones concretas y actos de conversión.

La *lectura catequética* (de *catequesis*, aprendizaje de los catecismos o creencias básicas de la iglesia), habitualmente identificada con la educación cristiana o con la escuela dominical. Teóricamente, es en este tipo de lectura en la que se puede profundizar en las características y relaciones de los pasajes, textos, libros o secciones de la Biblia, y en donde también se puede estudiar más ordenadamente, es decir, con un cierto sistema o plan trazado de antemano.

La *lectura devocional*, que busca encontrar aplicaciones directas a la vida espiritual de los creyentes a través de un diálogo muy personal con la Palabra. Tratándose de una lectura edificante, no debe ser confundida con una lectura moralizante, basada solamente en la búsqueda de moralejas de aplicación práctica inmediata. El carácter individual de esta lectura tiene el inconveniente de que no es valorable tan fácilmente. Para facilitar este tipo de lectura se publican manuales o libros devocionales que sugieren lecturas diarias pero que, igualmente, no siempre canalizan el interés de los lectores hacia un plan de estudio regular.

La *lectura teológica*, que intenta situar a los textos en todos los contextos posibles con el fin de recuperar el mensaje bíblico y hacerlo dialogar con las corrientes de pensamiento prevalecientes. Naturalmente, esta es la forma menos socorrida porque presupone un buen manejo de los elementos introductorios de cada porción o libro (autor, fecha de redacción, contexto original, lectores originales, estructura, características lingüísticas y gramaticales, etcétera). Estando al servicio de la predicación formal, este nivel de lectura representa la culminación de un proceso que articule, de la mejor manera, elementos de los niveles anteriores con el fin de integrarlos a un conjunto armónico que permita apreciar el mensaje bíblico de una manera más completa.

Los puntos que siguen no se limitarán a explorar lo que sucede en la lectura litúrgica, la que frecuentemente es entendida como la única forma de lectura comunitaria. Superar esta idea es uno de los objetivos del presente estudio, dado que, al reconocer como comunitaria a cada una de las demás formas de lectura, se podrán colocar los cimientos para el esfuerzo interpretativo que las iglesias locales necesitan para poder afirmar con seguridad que esa lectura se está llevando a cabo.

#### **4.2. La tarea interpretativa de la comunidad cristiana**

Toda lectura es una forma práctica de interpretación, esto es, cuando aplicamos criterios para valorar o enjuiciar un suceso o una acción, llevamos a cabo una *lectura*. De ahí que sea posible preguntarse: ¿cuál es nuestra *lectura* de este fenómeno o circunstancia?, o ¿qué otras posibles *lecturas* se pueden hacer del mismo?, e incluso, qué conflictos pueden darse entre las diferentes formas de leer un texto o una realidad? Un ejemplo bíblico de este concepto de lectura aparece en la respuesta de Jesús a aquel intérprete de la ley judía que lo interroga sobre la vida eterna para probarlo: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?” (Lucas 10.25-26). Esta interrogación trae a colación el problema implícito en todo acto de lectura y/o interpretación: cada lector antepone su experiencia y sus ideas previas a la lectura que lleva a cabo, modificando o confirmando sobre la marcha algunas de ellas. El lector participa, así, de forma activa en la construcción del significado de lo que lee, planteándose la posibilidad de no

coincidir necesariamente con lo que el autor de una obra quiso decir. Dicho de otra manera: *cada quien encuentra lo que quiere encontrar en su lectura.*

Las comunidades cristianas de todos los tiempos han practicado siempre la tarea interpretativa de la Biblia. No es privilegio de unas cuantas personas ilustradas o instruidas que han aprendido a descubrir cuál es *el* mensaje de la Biblia. Todos los cristianos participamos en la construcción de los significados de los textos bíblicos, aunque a primera vista no sea tan clara dicha participación. Participar continuamente en la vida comunitaria se constituye en un taller que permite a los miembros de las iglesias incorporarse a la tarea interpretativa. Cada sermón escuchado, cada plática sobre algún tema bíblico, hacen posible que por constancia o por frecuencia se desarrollen opiniones más o menos firmes sobre el sentido de los textos bíblicos. Estas *opiniones* acumuladas forman, en su conjunto, un criterio que se aplica continuamente, en cada nuevo asedio a los textos.

La antigua crítica protestante a la prohibición católica de leer ampliamente la Biblia se sostenía histórica, cultural y espiritualmente, porque apuntaba hacia un fenómeno que Carlos Mesters (biblista holandés que trabaja en Brasil desde hace muchos años) ha estudiado muy bien: el pueblo más sencillo renunciaba a leer la Biblia porque la veía como un libro ajeno, extraño, alejado de su realidad y de su lenguaje. Esta situación no se daba en el protestantismo puesto que allí la gente siempre ha experimentado una estrecha cercanía con los textos bíblicos. Para constatarlo, hay que ver cómo se siguen memorizando fragmentos enteros. Lo que resulta cuestionable, a estas alturas, es si dicha familiaridad con la Escritura contribuye a desarrollar entre los lectores una actitud interpretativa sería además de intensa. Las comunidades católicas de base han progresado tanto en su interpretación colectiva de los textos que, para algunos observadores, tal esfuerzo se asemeja al de la Reforma Protestante del siglo XVI. Por el contrario, para otros, las comunidades evangélicas se han rezagado en los últimos tiempos en este campo.

En Hechos 17.10-15 encontramos un modelo de interpretación colectiva: los judíos de Berea, con una actitud saludable hacia la Palabra, al escuchar el mensaje cristiano predicado por Pablo, verificaron por sí mismos en las Escrituras la valdez de sus afirmaciones. Con ello, acompañaron la recepción del Evangelio con un empeño

crítico, informado, deseoso de participar en el aprendizaje del mensaje que llegaba a transformar su manera de pensar y de entender la relación con Dios. El acercamiento interpretativo al Antiguo Testamento les permitió encontrarse con la realidad salvadora de Jesucristo, es decir, el estudio y la interpretación colectivos fueron la puerta de acceso para vislumbrar la centralidad de Jesucristo en la historia de la salvación. Siendo judíos conocedores de los textos, este conocimiento bien canalizado pudo abrirse hacia la recepción de la novedad representada por Jesús.

#### **4.3. El diálogo con *la Palabra* en la comunidad cristiana**

Vivimos, actualmente, en una época de inflación de la palabra humana, de excesos verbales y de bombardeo informativo y comunicativo. Es tal la cantidad de mensajes que buscan capturar nuestra atención que resulta muy complicado distinguir la calidad de los mismos. Ante esa situación, la necesidad de dialogar con *la Palabra*, la única que merece escribirse con mayúscula, se reduce al mínimo. Muchas palabras compiten con la Palabra de Dios para llegar al oído y al corazón de la humanidad. Como lo expresó el poeta inglés T.S. Eliot:

El infinito ciclo de las ideas y los actos,  
infinita invención, experimento incesante,  
trae conocimiento del cambio, pero no de la quietud;  
conocimiento del habla, pero no del silencio;  
conocimiento de las palabras e ignorancia del Verbo.  
Todo nuestro conocimiento nos acerca a nuestra ignorancia,  
toda nuestra ignorancia nos acerca a la muerte,  
pero la cercanía de la muerte no nos acerca a Dios.  
¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?  
¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?  
¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?  
Los ciclos celestiales en veinte siglos  
nos alejan de Dios y nos aproximan al polvo.

Y es que, efectivamente, la explosión de los medios de comunicación, la diversificada oferta de opciones políticas, ideológicas y religiosas, produce confusión y, sobre todo, banalidad, es decir, la incapacidad de tratar, pensar o reflexionar sobre asuntos verdaderamente trascendentes. El acceso a la palabra divina en las iglesias y

congregaciones debe considerarse como un remanso real, por medio del cual, sea posible iluminar con *la Palabra* las oscuridades y la desesperación humana. Asimismo, la Iglesia debe funcionar también como un espacio de resistencia en donde Dios sea escuchado y su palabra atendida como fuente de paz, como bálsamo para las necesidades humanas, y también como juicio sobre los pecados y los excesos.

El diálogo con la Palabra a través del contacto cotidiano con la Biblia es una de las cosas que la Iglesia debe ofrecer, no como un privilegio, sino como manifestación de su obediencia a la voluntad del Creador.

## **5. LECTURA Y PREDICACIÓN PROTESTANTES DE LA BIBLIA: ACTO PROFÉTICO PERMANENTE**

### **5.1. Lectura y estudio de la Biblia en el contexto protestante actual**

La tradición protestante se caracteriza por un apego irrestricto a la Biblia y por el impulso continuo para llevar a cabo estudios serios y profundos de la misma. Desde el arranque mismo de la Reforma, en el siglo XVI, los mejores y más calificados biblistas han sido protestantes. No en balde a Juan Calvino se le conoce como "el exégeta de la Reforma" (*exégesis* es el arte y el método de extraer el mensaje de los libros bíblicos partiendo de sus idiomas originales, hebreo, arameo y griego). En América Latina, y particularmente en México, se padece un *vacío exegético* que se refleja básicamente en dos áreas eclesíásticas: en la fe individual y en la predicación. Este vacío implica que, por un lado, la lectura y el estudio sistemático de la Biblia se sigue reservando a los *especialistas eclesíásticos*, muchos de los cuales, siendo precisamente los que predicán continuamente, rebajan el nivel de la predicación al nivel de la anécdota y del ingenio personal para contar historias o "ilustraciones". Es probable que esta tendencia se haya heredado desde la época de los misioneros, quienes optaron, muy conscientemente, por limitar el acceso de la gente al estudio sistemático de la Biblia.

Por lo anterior, es posible afirmar, así sea empíricamente (corriendo el riesgo de equivocarse) que la lectura y la predicación de la Biblia en el ámbito protestante mexicano actual han perdido peso y profundidad. Esto quiere decir que la tradicional afición de los protestantes hacia la Biblia se sitúa hoy en el plano de la superficialidad debido a una falta de interés en el estudio serio y responsable. La llamada *relectura bíblica*, o sea, aquel esfuerzo por llevar a cabo lecturas e interpretaciones de los textos desde la perspectiva de la cultura en que vivimos y con la disposición de responder a las exigencias de la sociedad, es prácticamente desconocida en el medio evangélico. Los avances de los biblistas latinoamericanos no han alcanzado la difusión que merecen.

Los esfuerzos de las Sociedades Bíblicas Unidas por traducir y presentar la Biblia en ediciones especiales para públicos diversos, particularmente al editar Biblias de estudio, con notas, mapas y otras ayudas, no se han visto complementados por una renovación eclesíástica de la comprensión de la Biblia. Un ejemplo ayudará a plantear

mejor la situación: la Biblia *Dios habla hoy*, en su versión de estudio, no ha recibido la aceptación que se esperaba, e incluso otras ediciones anteriores del mismo tipo, como la Biblia de estudio de la editorial Mundo Hispano o la *Biblia de las Américas*, han pasado prácticamente inadvertidas. Lo contrario sucede con ediciones como la Biblia de Thompson o la del Arco iris, las cuales, sin ofrecer características realmente benéficas para el estudio serio, son auténticos *best-sellers*, sobre todo entre algunos pastores y oficiales de las iglesias.

Antonio G. Mendonça, un profesor presbiteriano brasileño, profundo observador de la realidad evangélica latinoamericana, señala que "uno de los principales problemas con que el protestantismo latinoamericano se enfrenta hoy se refiere a la relación entre la Biblia y la Iglesia, pues ésta ya no puede dejar de interrogarse sobre su propia presencia en una sociedad en ebullición y en proceso de anomia y empobrecimiento. El problema no es nuevo. Existió desde el comienzo de la colonización: la Iglesia que vino con los conquistadores ya era el resultado de una lectura de la Biblia emprendida en circunstancias diferentes en espacio y tiempo. Tres siglos después, sucedió lo mismo, con la llegada del protestantismo. En ambos casos, se introdujeron en el continente versiones del cristianismo producidas en situaciones socio-históricas diferentes de la nuestra".

## **5.2. Profetismo y predicación bíblica**

El *profetismo*, para definirlo de algún modo, es aquella actitud que experimentaron y desarrollaron los profetas del Antiguo Testamento en relación con la obediencia radical a la voluntad de Dios tal como se les reveló en medio de las condiciones históricas que les tocó vivir. La relación entre esta actitud y la predicación fue conflictiva desde los tiempos de aquellos varones y mujeres que hablaron en nombre de Dios. El profetismo bíblico no se caracteriza, como es una idea predominante, por proyectarse, en primer lugar hacia el futuro, sino por tratar de responder específicamente a los desafíos planteados por las coyunturas sociales, políticas y religiosas. Los púlpitos, en la actualidad, se usan en un buen número de casos para hablar únicamente de las experiencias personales y poco o ningún caso se le hace a la necesidad de fomentar

una predicación auténticamente profética, en la línea bíblica, como se dio en otros tiempos.

Si se observa con atención la conducta del profeta Jeremías, se podrá apreciar que este varón de Dios arriesgó todo con tal de ser fiel a la voluntad de Dios expresada en sus palabras al pueblo de Israel. Asediado por todas partes, da testimonio de su inquebrantable (aunque no exenta de dudas y vacilaciones) decisión por proclamar la voluntad divina. Para ello, enfrentó la oposición de monarcas, sacerdotes, profetas falsos y del propio pueblo.

a) Con los primeros, Jeremías enfrentó un conflicto marcado por la lectura tan distinta de los signos de los tiempos que llevaban a cabo: la estrategia política se oponía a su predicación porque manejaba otros criterios de interpretación de la situación, dominados por el interés de mantener el control sobre la vida del pueblo, así fuera por medio de mentiras institucionales oficializadas como verdades inapelables e incontestables.

b) Con respecto a los sacerdotes, la fidelidad de éstos al régimen que les daba de comer era una prueba flagrante de hacia dónde se había encaminado su fidelidad profunda. Les importaba más la sobrevivencia de su oficio religioso que la preeminencia efectiva de la voluntad divina.

c) Con los falsos profetas, el conflicto alcanzó sus mayores alturas, ya que el resultado más visible de las posturas irreconciliables entre Jeremías y ellos, consistía en el impacto que causaba sobre la conciencia popular, que no alcanzaba a distinguir entre la verdad y la falsedad.

d) El pueblo, actor mayoritario de la situación, no lo veía con buenos ojos porque el mensaje de Dios chocaba frontalmente con sus esperanzas.

El capítulo 36 de su libro expone cómo su vocación al servicio de la Palabra de Dios no se arredró ante las argucias del rey en turno. Semejante conflicto llegó a tal extremo, que el monarca desenmascaró su inconformidad revestida en otros tiempos con un barniz de piedad, al grado de que intentó desaparecer el rollo que contenía la palabra revelada al profeta. El episodio de la quema del rollo presenta, simbólica y realmente,

hasta qué punto puede llegar la incompatibilidad entre la palabra soberana de Dios y los intereses de los poderosos.

### **5.3. Lectura y predicación pertinentes para el mundo de hoy**

Los antecedentes bíblicos, y específicamente proféticos, aludidos en este subtema son en su conjunto una lección de la actitud que debe prevalecer en la Iglesia cristiana acerca de la responsabilidad de leer y predicar la Palabra de Dios con pertinencia. La tradición profética tuvo un concepto de la palabra de Dios, no solamente muy respetuoso en términos teóricos o dogmáticos, sino que además trató de trasladar, de manera efectiva, ese respeto a la arena social, política y religiosa, expresado en la obediencia de los designios divinos. A los profetas no les impresionaba el oropel del poder, ni tampoco las pretensiones de quienes deseaban oscurecer la luminosidad del mensaje de Dios.

Por *pertinencia* debe entenderse, entonces, el compromiso eclesial por acudir a la Biblia en la búsqueda responsable de una palabra actual, que verdaderamente responda a las coyunturas sociales, políticas, espirituales y culturales, así como el valor que se requiere para pronunciar la palabra de juicio que procede de la palabra escrita de Dios. Este esfuerzo le atañe, por igual, a todos los lectores y predicadores de la Palabra. Por lo tanto, el reconocimiento de los juicios (en ambos sentidos: primero, en el señalado por el salmo 119, como sinónimo de mandamiento; y después, en el que designa la resolución sobre la actuación de la humanidad) históricos de Dios en nuestro tiempo debe tratar de canalizar adecuadamente la herencia de la propia Biblia y de la tradición a la que pertenecemos, la Reforma Protestante, cuyo impulso original es la insistencia en la obediencia total a la voluntad de Dios revelada en su palabra.

Urge que las nuevas generaciones de creyentes reconecten su fe, sus hábitos y sus pensamientos a esas dos líneas de acción y de esperanza, únicos fundamentos válidos para la renovación de la existencia y misión de la Iglesia.